Domingo XVI del tiempo ordinario

Lectura orante del Evangelio: Mateo 13,24-43

Revestidos de María, el signo sencillo y humilde del escapulario nos recuerda la necesidad de volver a la belleza, frescura y audacia del primer amor. María reaviva en cada uno de nosotros la peregrinación de la esperanza en un mundo que se enfrenta a la incertidumbre creciente del mañana. Vestidos de María, aceptamos el desafío de avanzar hacia el mañana con la certeza confiada de la Madre y la Hermana que no nos dejará y estará siempre a nuestro lado (Miguel Márquez, ocd).

El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Dios confía su palabra a nuestro campo. La oración es un atrevimiento, una oportunidad para nuestra vida. Es algo tan sencillo como sembrar la bondad de Dios en el corazón. Puede comenzar ahora mismo. Basta dejar entrar a Jesús en nuestro corazón. Basta mirarle, hablar con él. *Jesús. ¡Qué alegría encontrarnos contigo!*

¿De dónde sale la cizaña? La oración nos enfrenta al desconcierto de vernos habitados por sentimientos y vivencias contrarios al Evangelio de Jesús. ¿Qué hacer? ¿Cómo dar cabida a tanta hermosura en tanta guerra? La cizaña de ver el mal en todas partes puede llevarnos a una huida pesimista, pero puede también invitarnos a confiar en nuestro Padre y a acogerlo como fuente de toda santidad. En la era de tantos símbolos rotos, el Espíritu sigue abrazando a la humanidad con la vida y la alegría. *Santísima Trinidad, a quien adoramos, sigue dándonos razones para amar.*

El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que uno siembra en su huerta. ¡Un pequeño grano de mostaza! Dios da valor a lo pequeño, ama nuestra nada, esa que a nosotros nos molesta. En la oración ofrecemos nuestra pequeñez: *Aquí está mi vida*. Más allá de lo grandioso, del prestigio, del poder que avasalla, Jesús nos invita a vivir la fe de una manera humilde y confiada. El reino está presente en las pequeñas cosas de cada día. Cuando hacemos eso poquito que está en nosotros, sembramos esperanza en el mundo. Nuestra fuerza está en sembrar semillas de Evangelio y confiar. *Bendito seas, Señor, que nos permites soñar tus sueños.*

El reino de los cielos se parece a la levadura: una mujer la amasa y basta para que todo fermente. La oración es un milagro de confianza. Con muy poquito por nuestra parte, Dios hace mucho. Sin saber cómo, en el silencio, su levadura fermenta la masa de harina. Su proyecto humanizador transforma calladamente nuestra historia. En lo humilde y pequeño de cada día Dios trabaja nuestro corazón. Este puede ser un buen momento para encontrarnos con Dios; de forma inesperada y sorprendente fermenta nuestra vida. *Con tu reino, Señor, la alegría va ganando espacio en nuestra interioridad.*

Feliz domingo. Con el perfume de la fiesta del Carmen. CIPE – Julio 2026